

CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA. JUAN DE ÁVILA, APÓSTOL DE
ANDALUCÍA. DEL MISMO TIEMPO, COMPARTIENDO AMISTADES
Y CON DESTINOS DISTINTOS

Manuel Galiano Marín, Pbro
Bachiller en Teología

Que fueran de un mismo tiempo, no hay quién lo ponga en duda. Mientras Carlos nació el 24-II-1500, Juan de Ávila lo hizo el 6-I-1500. Aunque el lugar de nacimiento fue distinto: Carlos, nació en Gante (Bélgica), Juan de Ávila vino a este mundo en Almodóvar del Campo (Ciudad Real), mientras Carlos pertenecía a la realeza, sus padres fueron D^o Juana de Austria y D. Felipe el Hermoso, Juan de Ávila era hijo de D. Alonso de Ávila y de D^a Catalina Gijón, al decir de fray Luis de Granada, su biógrafo “de los más honrados y ricos del lugar”. Mientras la educación recibida de Carlos desde un principio quedó marcada por el puesto que estaba llamado a desempeñar en la vida pública, no así lo fue en Juan de Ávila que años tardaría en decidirse. Descubriendo que el estudio de las leyes no le llenaba, tras un tiempo de profunda maduración en la casa paterna, aconsejado de un religioso franciscano que lo visitaba, optó por hacer Teología en la reciente creada universidad de Alcalá. Carlos, en cambio, ayudado por su preceptor, una vez muerto su abuelo Fernando el Católico, viviendo su madre a la que siempre tuvo presente y muerto su padre, la parte involucrada en la sucesión, vieron claramente que Carlos era el idóneo para gobernar los reinos hispanos, aunque al final se decidió que fueran las cortes de Castilla y de Aragón, quienes lo proclamasen rey. Algo parecido, no por la trascendencia política que supusiera dar el paso, pero si en lo personal, dejada la universidad, después de cantar la primera misa en su pueblo natal (sus padres ya habían muerto) ligero de equipaje, ya que todo lo que heredó como hijo único, lo repartió entre los pobres, se dispuso a partir como misionero al nuevo mundo junto con el Padre Julián Garcés O.P. La providencia le tenía otro destino preparado. El encuentro fortuito con Fernando de Contreras, admirando su forma de celebrar la Santa Misa, le llevó al recién llegado arzobispo Manrique a exponerle, que no podía permitir perder un hombre de tal valía cuando su diócesis estaba tan falta de obreros adornados de tales cualidades. Comprobado por el arzobispo, no tuvo otra opción, en virtud de la santa obediencia, que quedarse como misionero en Andalucía.

¿QUIÉN ERA EL ARZOBISPO MANRIQUE?

Hermano del poeta Jorge Manrique, fruto del tercer matrimonio de su padre, Rodrigo Manrique, I^o conde de Paredes con Elvira de Castañeda.

Siendo obispo de Badajoz, le faltó tiempo, sorteando toda clase de obstáculos, para hacerse presente en Flandes y ponerse al servicio del rey Carlos como capellán. Asistiendo a las Cortes de La Coruña (1518) fue nombrado Capellán mayor del Rey, formando así parte del séquito que le acompañó a su coronación en Aquisgrán, aprovechando este tiempo para formarse en las corrientes humanistas que pululaban por centro Europa.

De vuelta a España fue promovido para obispo de Córdoba. Poco tardó el preceptor de Carlos: Adriano de Utrecht para cederle el cargo que ostentaba de Inquisidor General. Fue en 1524, unos meses antes de nombrarlo arzobispo de Sevilla.

En 1526 casará a sus altezas reales, no sin antes crear el tribunal inquisitorial en Granada para tratar de solucionar la cuestión morisca. Con mentalidad reformadora estará pronto a escuchar a Fernando de Contreras que osa hablarle de un tal Juan de Ávila que queriendo partir de misionero al nuevo mundo, no le debe dejar marchar, antes bien, debe encomendarle evangelizar nuestras tierras.

Convencido queda al oírle predicar. Por precepto de obediencia debe obligarle a no partir y en Sevilla capital y alrededores comenzará su misión por templos y calles enseñando a todo aquel con quién se encuentra, la doctrina cristiana.

Pronto será el dominico fray Domingo de Baltanás, residente en el colegio de Santo Tomás, (lugar donde fue acogido) lumbrera en la alta sociedad sevillana, amigo y consejero de la duquesa de Béjar, de la condesa de Niebla y de la marquesa de Priego, el que le indicará Écija y su comarca como mejor lugar para desarrollar su misión apostólica. Allí se albergará en casa de unos muy grandes cristianos y devotos: D. Tello de Aguilar y D^a Leonor de Inestrosa.

En Écija entrará en contacto con un clérigo: D. Pedro Fernández de Córdoba, hijo de D. Luis Fernández de Córdoba y de D^a Luisa de Aguilar e Inestrosa, señores de Guadalcázar.

Hermana de D. Pedro (que desde un primer momento se sintió discípulo suyo) era D^a Sancha Carrillo, doncella de poco más de catorce años a quién trataron sus padres de ofrecerla al servicio de la Emperatriz.

El rey Carlos debió conocerla a su paso por Écija, camino de Granada, después de su boda. Se mostró contento de recibirla como dama de la reina. Su hermano, no paró hasta traerla a los pies del Maestro Juan de Ávila. Fue tal la transformación que en ella se operó con este encuentro, que olvidando por completo los planes que había sobre ella, se decidió resueltamente a tomar vida de recogimiento desde aquel momento, a lo que todos asintieron.

El arzobispo, intentó volver de nuevo a adquirir relevancia política cuando en 1533 Carlos V retornó a la península, acudiendo a recibirla a Barcelona. Pero para entonces muchas cosas habían cambiado. Su enfrentamiento con Tavera, arzobispo de Santiago, llevó consigo que Tavera fuera en lo sucesivo Inquisidor General y aunque fue nombrado juez de apelaciones, lo cierto es que quedó relegado.

Como después veremos, cuando el Maestro Ávila quedó preso de la Inquisición, si Manrique hubiese seguido ostentando el cargo de Inquisidor General, algún cable si que le hubiera echado.

Por si era poco: el no ceder al chantaje que le ofrecía D. Francisco de los Cobos, hizo que prescindieran de él y se le pusiera más fácil al arzobispo de Santiago ocupar la silla primada.

Echando la mirada atrás, recordar que el arzobispo Manrique le marcó al Maestro Juan de Ávila el camino a seguir y que el dominico fray Domingo de Baltanás lo orientó hacia Écija y su comarca, como lugar privilegiado para predicar la Palabra de Dios.

El Maestro Juan de Ávila siempre recordará Écija como su primer destino. Allí experimentó lo agrisulce del ministerio pastoral. Allí reunió a grandes y chicos, experimentó las reuniones con adultos con el fin de iniciarlos en la oración mental, allí

fue escuchado con admiración de unos y enfado del bulero que dejaron solo. Allí levantó ampollas en quienes creían ser poseedores de la verdad, en cuanto puso al descubierto su mal hacer, cosa que no estaban dispuestos a soportar hasta tal punto que analizando con lupa las palabras salidas de su boca, encontraron cantera de donde extraer materia de qué acusarle. Ni cortos ni perezosos, usando de sus influencias, fueron aceptadas sus denuncias y habiéndolas encontrado con fundamento, no dudaron en abrirle un proceso y consecuentemente privarle de libertad, sufriendo cárcel en Triana, hasta que se juzgase su causa.

Llegado el momento en que su abogado le adelantó noticias nada halagüeñas, éstas le sirvieron para que hablando el corazón dijera que ahora era cuando más tranquilo estaba ya que su causa estaba solo en manos de Dios.

Una carta interceptada a uno de sus denunciantes, puesta en manos del Inquisidor, fue razón más que suficiente como para dejarlo en libertad, siendo motivo de gran alegría para aquellos que le tenían en gran estima.

Tampoco fueron nada fáciles los principios de ejercer como rey al joven Carlos. Nada más saberse, tras grandes liberaciones, que el que había de regir los destinos de Castilla y de Aragón era Carlos, para un sector grande de la nobleza, cayó como un jarro de agua fría, por lo mal vista que estaba en España la casa de Flandes donde nació y se crió y nombrar a su preceptor Gregorio de Utrech, Regente, no lo fue menos. La Junta establecida en Tordesillas, donde moraba su madre y hermanas, no reconocían la autoridad del preceptor, su condición de extranjero lo veían incompatible. Sin embargo, una carta interceptada por los comuneros, mostraba el perfecto conocimiento que Gregorio tenía de los problemas que afectaban a Castilla, de las tensiones que habían conducido a la rebelión así como la política que habría de seguir para alcanzar la pacificación. Durante su estancia forzada en Valladolid, intentó apaciguar la rebelión, no abandonando el talante conciliador en el Congreso.

Hecho este pequeño excursus a propósito de la vida del arzobispo Manrique, que nos ha servido para introducir los primeros pasos de Juan de Ávila en Sevilla y su comarca y constatar que los principios de Carlos como gobernante, tampoco lo fueron, sigamos el desarrollo de los acontecimientos.

Ya la muerte del emperador Maximiliano acaecida en 1519, había dado lugar a ver con claridad, tras los debidos conflictos de intereses, que, el que estaba llamado a sucederle era su nieto Carlos, por lo que el año siguiente 1520 quedó fijado para su coronación en Aquisgrán, ceremonia que dará ocasión para que se proclame ante el mundo defensor de la Iglesia Católica.

En esta ocasión, visitó Inglaterra donde sus planes de boda ya de antemano planificados dieron al traste, consiguiendo de dicha visita tener un enemigo más, por si eran pocos los problemas que recaían sobre él.

Por aquel entonces, 1521, murió León X; la guerra de Las Comunidades se dio por concluida en 1522; Roma, en 1523. nombró un nuevo papa: Clemente VII; tiene en 1524, el primer encuentro con su hermano Francisco I, rey de Francia; Clemente VII, viene a aliarse con su hermano y éste con el turco. Al emperador no le queda otra salida que buscar apoyo en Portugal y éste lo encuentra casándose con la princesa Isabel de Portugal.

En 1529, se enfrenta a Alemania y al turco. En 1530 es coronado en Bolonia; en 1532, desde Alemania, ayudado de su hermana María de Hungría, de la nobleza y del duque

de Alba, batió en retirada el turco; en 1534, le hace frente a Barbaroja, volviendo a Italia triunfante. En Italia tuvo lugar su famoso discurso en español en 1536, volviendo a la guerra con Francia.

Queda dicho que a Carlos no le quedó otra salida que buscar apoyo en Portugal y éste lo encuentra casándose con la princesa Isabel que desde sus desposorios, convertida en reina emperatriz debe estar acompañada y protegida por personal de entera confianza del Emperador. En este sentido: Francisco de Borja y Leonor de Castro, su esposa, ocuparán un papel principal

¿QUIÉN ERA FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN?

Juan de Borja y Henriquez casó en Valladolid el 31 de enero de 1509 con Juana de Aragón, nieta de Fernando el Católico e hija del arzobispo de Zaragoza Alonso de Aragón. El primer fruto de su matrimonio fue Francisco que nació en Gandía el 28 de octubre de 1510.

Después de los primeros pasos en su educación bajo la supervisión de su abuelo el arzobispo de Zaragoza y tras la muerte de éste, se abrió la posibilidad de enviarlo a la Corte, toda vez que el Emperador regresaría a España en 1522. Fue destinado a Tordesillas, donde conoció personalmente al Emperador, permaneciendo allí cuatro años.

A mediados de 1529 Carlos V convino con Juan de Borja el matrimonio de su primogénito con Leonor de Castro, portuguesa, dama de la Emperatriz. En septiembre de este mismo año Carlos V elevó a marquesado la baronía de Llombay, que poseía Francisco y lo nombró caballero mayor de la Emperatriz.

La emperatriz ocupó la primera regencia en 1530, que se prolongó hasta 1533. Durante este tiempo Francisco estuvo cerca de la Emperatriz. En 1535, la Emperatriz es visitada por una serie de enfermedades que se prolongarán durante toda su vida.

El 27 de abril de 1539, Francisco comienza a sentir un cambio interior, coincidiendo con la inesperada muerte de la Emperatriz (1 de mayo) causando en su ánimo una viva impresión. Encargado de conducir el cadáver a Granada y de dar testimonio de su identidad antes de la sepultura (17 de mayo) tuvo un sentimiento profundo de la caducidad de las cosas terrenas tomando la decisión de dedicarse a una vida más perfecta.

Los funerales de la Emperatriz le pillaron en Granada al Maestro Juan de Ávila. El lunes 26 tocó hacerlo a la catedral, predicando el Maestro Ávila. También predicó un gran sermón el lunes 9 de junio, en que ofreció sus honras Granada. Al decir del P. Rivadeneira, en la conversión de Francisco de Borja influyó un sermón del Padre Ávila fue: “el día siguiente, en la iglesia mayor de Granada, a las honras de la Emperatriz predicó el Maestro Juan de Ávila”. Su palabra ardiente y persuasiva allanaba los caminos de la gracia.

Muchas veces habrían de cruzarse en los caminos de la vida las empresas de Juan y de Francisco.

Pasados los luctuosos acontecimientos, la vida de la corte siguió con su quehacer cotidiano. El 26 de julio de 1539, el emperador nombró a Francisco, lugarteniente general en el principado de Cataluña, manteniendo desde este cargo correspondencia con Carlos V y el príncipe Felipe, casi diaria con Cobos y con el cardenal regente Tavera. Intensos y frecuentes contactos, con virreyes, gobernadores... En muchas ocasiones la responsabilidad de su oficio se mezclaba con la amistad personal que iba creando con sus

interlocutores, como lo demuestra el caso de Gómez Suárez de Figueroa, con el tiempo duque de Feria.

Cuando en 1542 se celebraron Cortes en Monzón, el Emperador insinuó a Francisco y éste a aquél el mutuo propósito de abandonar su cargo y llevar una vida retirada.

El Emperador, enterado de la muerte del padre de Francisco, quiso reconocerle su justo título de duque, pidiéndole que dejara para más adelante su viaje a Gandía para arreglar los asuntos del ducado. Francisco dejó su cargo el 18 de abril de 1543.

En Barcelona tuvo ocasión de conocer a San Pedro de Alcántara y en 1541 tuvo el primer contacto con la Compañía de Jesús en la persona del Padre Pedro Fabro.

Si el 27 de marzo de 1546 murió su esposa, apenas dos meses después, tras unos ejercicios espirituales, decidió hacerse jesuita, el 2 de junio hizo sus votos y el 1 de febrero de 1548 la profesión, todo llevado con el máximo secreto posible por indicación de Ignacio de Loyola. El 4 de febrero de 1551, después de renunciar a sus títulos y posesiones, con el permiso de Carlos V, tomó el hábito religioso el 11 de mayo de 1551 siendo ordenado sacerdote en Oñate el 23 del mismo mes.

Carlos V, que en 1555, después de haber abdicado al trono, se había retirado a Yuste, llamó dos veces a aquella soledad a Francisco para pedirle consejo. En la hora de la muerte deseó tenerlo a su lado y lo nombró su ejecutor testamentario, junto con su hijo Felipe.

Ignacio de Loyola, tan pronto como vio camino abierto, nombró a Borja comisario general para las provincias de España y Portugal. En su tiempo se abrieron numerosos colegios. La prueba más dura le vino cuando por error del impresor de Alcalá, unió su librito "Las obras del cristiano" a otros libritos que no eran de su autoría. Este error ocasionó que lo insertaran en el *Catálogo de los libros prohibidos* y por más que se hizo por demostrar su inocencia no tuvo más remedio que huir el 31 de octubre de 1559 a Portugal. La solución que encontraron fue proponerle al papa Pío IV que lo llamase a Roma para atender importantes asuntos y a Roma llegó el 7 de septiembre de 1561.

Cuando a fines de 1562 se reanudó el Concilio de Trento, el General de la Compañía Diego Laínez y el Vicario Alfonso Salmerón tuvieron que incorporarse como teólogos, quedando Francisco de Borja en Roma con facultades de Vicario hasta que regresasen el 12 de enero de 1564.

En febrero de 1564, el General Laínez, lo nombró *Asistente de España y Portugal*. Muerto el General el 19 de enero de 1565, Francisco de Borja fue nombrado Vicario y como tal convocó la Congregación General, nombrándole General el 2 de julio de 1565.

Aunque ya su persona estaba totalmente al servicio de la Compañía, no por eso su vida pública había terminado. El 30 de julio de 1571, por orden de Pío V, hubo de acompañar como consejero en su viaje a España, Portugal, Francia e Italia al cardenal Bonelli, encargado de coordinar los esfuerzos para luchar contra los turcos y de procurar que la princesa francesa Margarita de Valois se desposara con el rey Sebastián de Portugal y que ambos reinos entraran en la Liga Santa.

Este viaje significó su rehabilitación ante la Corte Española y el Rey, al que enviaba informes confidenciales de las gestiones realizadas.

He intentado presentar esta fase de la vida de Francisco de Borja de un tirón para que no nos perdiéramos entre tanto detalle. Prefiero que volvamos la mirada atrás para reconsiderar algunos puntos expuestos, objeto de nuestro estudio.

Así, me gustaría fijar la atención en el primer encuentro que tuvo Francisco de Borja con el Maestro Juan de Ávila con motivo de los funerales de la Emperatriz (1539).

Dicho encuentro marcó el comienzo de cuantas veces en el camino de la vida habrían de cruzarse las empresas de ambos.

Segundo: el primer contacto con la Compañía de Jesús en 1541 en la persona de Pedro Fabro en Barcelona, trae a mi recuerdo el primer contacto que tuvieron también allá por 1545 en Salamanca, los discípulos del Maestro: D. Diego de Guzmán y Gaspar Loarte con los PP. Pedro Fabro y Antonio de Araoz que venían de Portugal, camino de Valladolid y como por el mismo tiempo abrían los jesuitas en España su primer colegio en Gandía, no siendo de extrañar que sobre este negocio cruzasen algunas cartas el Maestro y el duque Francisco de Borja.

Tercero: Como los votos en (1546), como la profesión religiosa (1548) de Francisco de Borja, se llevasen con el máximo secreto posible por indicación de Ignacio de Loyola. Y veo lógica la indicación, porque cuando llegó el momento de hacerse pública tamaña decisión, hubo una verdadera conmoción en toda la sociedad y en todas las clases sociales.

No lo fue del mismo modo el no entendimiento en Salamanca de los dominicos con la recién creada compañía, que fue motivo para que Ignacio escribiera al Maestro Ávila para que mediara y como la carta se envió por conducto del P. Francisco de Borja en enero de 1549.

Cuarto: Que Francisco de Borja, fuera ordenado sacerdote en Oñate el 23 de mayo de 1551, trae a mi recuerdo también que fue precisamente allí donde los encaminó el Maestro a los anteriormente citados discípulos suyos para que tratasen de su vocación con el P. Francisco de Borja, porque anteriormente lo habían tratado con él, el deseo de hacerse jesuitas.

Quinto: Que Ignacio de Loyola lo nombrase comisario general para las provincias de España y Portugal, no podía haber sido mejor el encargo que le confiara, porque al conocer la realidad que pisaba como la palma de la mano, todo fueron facilidades comenzando por su propia familia y allegados los que se prestaran a crear los colegios que pensaron eran necesarios.

El Maestro Juan de Ávila ya en 1551, viéndolas venir, lo primero que pensó para poner a salvo sus colegios y sobre todo “Las Escuelas” de Baeza, que los jesuitas se quedarán con ellas y en ese trasiego de negociaciones, de idas y venidas, de intercambios epistolares, fue el Padre Francisco de Borja quién tenía la última palabra.

Al ser comisario también de la provincia de Portugal: en Évora, Coímbra, tenían colegios, que se habían consolidado gracias a los cimientos que echaron los discípulos del Maestro allí enviados. Cuando Borja se encontró con falta de profesores en sus filas, solicito, llamó al Maestro haciéndole conocedor del problema y gustosamente le ofreció lo mejor que tenía a mano de sus discípulos formados en “Las Escuelas” de Baeza.

Sexto: El percance que tuvo con la Inquisición por un error que tuvo el impresor. Conocedor de lo que tuvo que sufrir en sus propias carnes, hasta el punto de tener que huir hasta Portugal, y eso que no había hecho ni dicho nada, da pié, que para los que piensen pasarse a jesuitas de los discípulos del Maestro los miren con lupa.

Conocedores de que la inquisición no pierde de vista “Las Escuelas” de Baeza desde un principio, por sospecha de abrigar en sus aulas las ideas sectarias de “Los Alumbrados” las noticias corren que vuelan.

A fines de 1551 o a primeros de 1552, la Inquisición ha tomado al Dr. Loarte y poco después al Dr. Bernardino de Carleval, alma de la Universidad. El Dr. Loarte, debió salir

libre por el otoño de 1552, y, a lo que parece, sin nota alguna. El Dr. Carleval debió salir libre de las cárceles inquisitoriales en abril de 1554 y éste, con nota.

Séptimo: En 1562 se reanudó el Concilio de Trento. Fue cuando el General Laínez y el Vicario Salmerón, como teólogos asistieron al Concilio, quedándose el P. Francisco de Borja, como suplente al frente de la Compañía de Jesús.

Conviene señalar el papel que tuvo el Emperador Carlos en este gran acontecimiento para la cristiandad, desde el primer momento, ya que él era católico desde la cuna, en calidad de rey católico, obligación tenía de defenderla y como Emperador se sentía llamado a luchar por ella frente al enemigo, haciéndose uno con el papa de Roma.

Decir desde el primer momento, es retrotraernos en el tiempo. El asunto de Lutero y la reforma que emprendió no pintó nada bien desde el principio. Ya el emperador Maximiliano, su abuelo, comprendió perfectamente el peligro que corría la Iglesia católica y el Imperio, por lo que en agosto de 1518 rogó al papa que adoptase medidas severas. En junio de 1519 fue la coronación de Carlos y aprovechando que volvió a España, el príncipe de Sajonia, continuó ejerciendo su influencia en Alemania protegiendo la renovación luterana. El 16 de mayo de 1520, se hizo pública la bula pontificia condenando a Lutero. A éste le faltó tiempo para que en noviembre del mismo año apelara a un Concilio Ecuménico.

Carlos, enteramente adicto a la Iglesia católica, en la que se había educado, no se podía creer, ni por asombro lo que se cocía en Alemania. Abrigaba el propósito de invitar a Lutero a una reunión para que se explicara, pero se lo desaconsejaron por no contradecir lo dicho por el papa.

A finales de 1521 murió León X, sucediéndole Adriano VI, que se vió impotente para apaciguar la tormenta. En 1537, Paulo III, intentó reconciliar a Carlos con su hermano Francisco. Resultado de este intento, fue la tregua alcanzada.

Nos ponemos en 1543, la situación se desborda cada día más, hasta el punto que llegando a Italia, tantea con el Papa la posibilidad de un concilio de unión, pero no fue fácil, el problema se había enquistado de tal manera que no se encontraba cauce de solución.

Francisco, después de encararse nuevamente con su hermano y firmar la paz, promete apoyar a su hermano Carlos para que el Papa convoque el Concilio y el Concilio abrió sus puertas en 1545.

Desde un principio hubo que enfrentarse a numerosas dificultades (así transcurrieron las tres primeras sesiones). En el acto solemne de apertura ocuparon la presidencia el rey Fernando a quién Carlos su hermano le asignó ser rey de Italia. La sesión cuarta, llamada a ser sesión solemne, se celebró el 8 de abril, siendo recibido el embajador imperial, Francisco de Toledo.

En la sesión 6ª, Francia propuso continuar el Concilio en Aviñón; el Emperador en cambio, era partidario que se siguiera en Trento, aunque hubiera que aplazarse la publicación sobre el conflictivo tema de la justificación.

Corría el 1547. Iniciada la 8ª sesión, se declaró epidemia en Trento, por lo que se trasladó en julio a Bolonia - Ferrara. El Emperador interpretó la epidemia como un pretexto, de ahí, que los representantes imperiales, en Trento permanecieron.

La muerte de Paulo III en 1549 dio paso a Julio III que salió papa en abril de 1550, reanudándose el Concilio con las sesiones 11ª a la 16ª, que una vez que se estudiaron, se suspendió de nuevo el Concilio en abril 1552.

Mientras resumía la ajetreada vida del emperador, fijándome tan solo en lo referente a allanar los caminos para que el Concilio se pudiera celebrar al fin, recordaba que la vida del Maestro Juan de Ávila no lo fue menos y eso, que debido a la enfermedad no tuvo más remedio que retirarse muy pronto de la vida pública, ciñéndose tan solo en Montilla a lo que buenamente podía.

Quedé relatando anteriormente que en 1539 le pilló en Granada los funerales de la Emperatriz, pero en Granada ya llevaba desde 1536 que a instancias del arzobispo Gaspar Dávalos le había pedido que le asesorase y para tal fin le había reservado una habitación en palacio.

Efectivamente, se ve la mano del Maestro en la puesta en marcha de la Universidad de Granada que por orden imperial se le había encomendado al arzobispo pusiese en marcha. También intervino en los Colegios afines, como en el de Santa Catalina, creado para ampliar estudios los clérigos llamados a cubrir los puestos pastorales que la Iglesia necesitaba. Colegio que dio pie para comprometerse con el Cardenal Infante de Évora en enviarle discípulos suyos para que actualizaran su clero con esa manera nueva que él tenía de enfocar el ministerio sacerdotal.

Preferentemente lo suyo era el predicar y enseñar. Sintióse privilegiado el Maestro Carleval, colegial de Santa Cruz la Real, cuando invitado el Maestro a predicar en dicho colegio, de tal manera sus palabras le llegaron que a partir de ese momento, solo pensó en seguirle puntualmente. En el Carmen de los Mártires, el día de S. Sebastián, conmovió con su sermón de tal manera al hermano Juan de Dios, que como loco de allí salió gritando y desde aquel momento su vida la dedicó a recoger a los pobres y enfermos de la ciudad. En Granada se encontró con el baezano Pérez de Valdivia. De qué forma llegó a identificarse con él, que después de una excelente labor realizada como formador del clero, al final de sus días vino a parar a Cataluña, donde lo conocían por “el apostólico”.

La providencia le tenía asignado, encontrar un cauce que le hiciera conseguir hecho realidad la ilusión que a lo largo de los días iba abrigando.

Ahí, lo vemos en octubre del 1539 encaminarse a Baeza, para poner en marcha “Las Escuelas” donde los niños, desde la más tierna edad se educuen y formen en el santo temor de Dios. Escuelas: donde sus profesores, llegarán a ser los mismos alumnos, que sabios y virtuosos, como a ellos les han enseñado a ser, continuaran su obra a través del tiempo.

El pondrá en manos de sus discípulos, la obra iniciada, porque él, fiel al Espíritu, habrá de seguir predicando, evangelizando, enseñando la doctrina cristiana, iniciando a los seglares en la oración mental buscando en verdad el verdadero trato con Dios, él seguirá predicando en línea con el Evangelio.

Cayendo enfermo, con la inquisición acechando, presagiando lo peor, sabiendo que la recién creada Compañía de Jesús comparte un mismo fin, intentará por todos los medios posibles que ésta se haga cargo de sus colegios y escuelas, sobre todo, de la de Baeza. Pero como los destinos de Dios son otros, no lo conseguirá, antes bien, tendrá que ver con sus propios ojos, como el misterio de la Cruz, de quién tan fiero bebía, se hacía extensivo en todos y cada uno de sus discípulos.

Hasta Pedro de Ojeda, patrono y administrador de la Universidad, tras sufrir persecución y condena infame, no le quedará otra alternativa en el lecho de muerte, pedir que le lean cartas del Maestro a los afligidos y atribulados, pidiendo insistentemente al Maestro le consolase en ese trance.

Crear un colegio en Córdoba, le quedaba por ver hecho realidad. El convictorio sacerdotal que estableció en la puerta de Baeza, junto a la muralla de la ciudad y del que se valía para acudir a remediar necesidades surgidas, no contaba, como tampoco el colegio para seglares mayores que puso en “las tendillas” bajo la supervisión de dos de sus discípulos. Fue D. Pedro López de Alba, médico que lo había sido del emperador, quien se presentó ante él diciendo: ¿qué destino habría de darle a un dinero que a lo largo de su vida había ido ahorrando? El Maestro, no parpadeó: Hacer un colegio que albergara y formara a los alumnos que fueran a hacer estudios mayores. El colegio se hizo y se le conoció por La Asunción (hoy, Instituto Luis de Góngora).

Que no lo consiguiera después de tantos pasos andados, tenía su razón de ser. Estaba reservado a la casa de Priego y el colegio sería de la Compañía de Jesús. En el momento en que D. Antonio de Córdoba, hijo de D^a Catalina, marquesa de Priego, se decidió a hacerse jesuita, todo fue un abrir y cerrar de ojos. Hasta el Deán D. Juan de Córdoba, que en un principio era reacio, tomó cartas en el asunto. Comenzó haciéndose amigo del P. Francisco de Borja y mediando el Maestro Juan de Ávila y superando cuantos obstáculos se presentaron, el colegio se creó a mayor gloria de Dios.

Si tuviéramos que buscar la raíz del porqué el apóstol evangelizador de Andalucía hizo y dijo tales cosas, la encontraríamos en que desde un principio vio con clarividencia que la Iglesia estaba necesitada de reforma. No esperó a que los dictados vinieran de la cúpula, antes bien, contando con los medios que la providencia fue poniendo a su alcance, trató de ir reformándola en esa porción concreta que le fue encomendada, Andalucía.

El arzobispo de Granada Guerrero, también tuvo que acudir en varias ocasiones a quién fuera compañero de curso en Alcalá y no siempre estuvo presto, porque su voluntad es la que menos contaba.

Ante la 2^a convocatoria de Trento (1551) iba a asistir por vez primera. “Deseó mucho llevar consigo al dicho P. Maestro Juan de Ávila, conociendo de él las muchas partes que tenía de virtud, santidad y letras; excusándose por sus enfermedades, le pidió le advirtiere las cosas que le parecía eran dignas de reformation, y advirtió de algunas cosas necesarias: Tratado de la reformation del estado eclesiástico y el escrito de lo que se debe avisar a los obispos. Estas cosas están recogidas en un documento conocido por “Memoriales al Concilio de Trento”.

Aparte de la excelente acogida que tuvo su aportación de parte de los padres conciliares no quedó conforme. Su compromiso le llevó a facilitarles a los obispos más cercanos la forma como aplicar en sus diócesis concretas la doctrina emanada del Concilio. Con santa libertad se dirigió al obispo de Córdoba que habría de presidir el sínodo de Toledo (en ausencia del titular, el arzobispo Carranza que se encontraba retenido en Roma, debido al caso que tenía abierto con la Inquisición) haciéndole ver la responsabilidad tan grande que asumía y debido a la ligereza con que veía tomar la presidencia, no dudó en escribirle haciéndole caer en la cuenta de la trascendencia que estaba llamada a tener, si se empezaba a aplicar correctamente.

Esta fue la vida del Maestro Juan de Ávila, solo a esto se dedicó: Recorrer toda Andalucía y parte de Extremadura, andando de acá para allá, reteniéndose un poco más donde el caso lo requería con tal que lo emprendido se encauzara felizmente, eso sí, dándole preferencia al Señor, dedicándole todo el tiempo que fuera menester para finalmente tratar de responder a todo aquel que le pidiera consejo, como tenemos ocasión de comprobar en el Epistolario que ha llegado hasta nosotros. Juan de Ávila,

llegó a ser el más consultado de su tiempo, por la certeza, seguridad y paz que transmitía.

Conocedor de su extraordinaria valía, fue su amigo el conde de Feria: D. Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, el que llegó a decir de él : que si le preguntaras quién era bueno para rey, dijera que el Maestro Ávila; quién bueno para Papa, el Maestro Ávila, quién bueno para Capitán, el Maestro Ávila ... y es que para todos tenía él, una respuesta oportuna, pues su prudencia era excelente en todo y para todo.

En cuanto al Emperador, basta con otear a grandes rasgos en qué gastó toda su vida, para hacernos una idea que lo que tuvo que hacer en cada momento y lugar, de la índole que fuera, lo hizo lo mejor que supo y pudo, conforme al rango que le tocó desempeñar.

El emperador, poniendo por obra la justa y profunda observación hecha por uno de sus oficiales, “que debía consagrar así mismo parte del tiempo que media entre los negocios mundanos y la muerte”, resignó en 1556 todas sus coronas y se retiró al monasterio de Yuste en Extremadura.

Desde allí, como antes quedó dicho, llamó dos veces al P. Francisco de Borja para pedirle consejo. En la hora de su muerte deseó tenerle a su lado y lo nombró su ejecutor testamentario, junto con su hijo Felipe.

11 años más tarde, 1569, retirado como estaba en Montilla el Maestro Ávila, en la casa que le ofreció la marquesa de Priego, en compañía de su amanuense, el Padre Villarás y de su deudo el Padre Díaz, de algunos miembros de la Compañía, bajo la atenta mirada de la marquesa de Priego, que todo su desvelo, le parecía poco, con la llegada casual de su discípulo el Padre Mateo de la Fuente, que se encontraba de ermitaño en el Tardón, le llegó el momento de la partida. El médico a quién habían llamado, percatándose de la gravedad con franqueza habló de que era el momento de hacer testamento. El maestro se incorporó y dijo que no tenía de qué hacer, que viví pobre y muero pobre. Preguntado por la marquesa, dónde quería ser enterrado, le faltó tiempo para decir con rotundidad: en el colegio de los PP de la Compañía, a los cuales como los había amado en vida, quiso darles esta prenda en muerte.

Cuando trataron los PP de la Compañía de Jesús qué texto poner en la sepultura, el Padre Francisco de Borja escribió el 4-IX-1570 al P. Juan de Cañas desde Roma: “Bastará que en la piedra de la sepultura se ponga un letrero honorífico, sin que se alce la piedra más alta del suelo; aunque yo creo que, si él fuera vivo, no la consentiría”.

BIBLIOGRAFÍA

Hergerrüther Cardenal, *Historia de la Iglesia*, Tom V, Madrid, 1888.

Santa Cruz A. de, *Crónica del Emperador Carlos V*, edic de A. Blázquez y Delgado-Aguilera y R. Beltrán y Ruzpide, Madrid, Real Academia de la Historia, 1920-1925.

Mazario Coletto, M. C., *Isabel de Portugal*, Madrid, 1951.

Sala Balust, Luis, *Obras Completas del V.M. Juan de Ávila*, Tom Iº, Madrid, 1952.

Ruiz Mesa, Martín, *Vida y Obras del V.M. Juan de Ávila*, Madrid, 1674.

Dalmeses, C y Gilmart, J. F, *Las obras de San Francisco de Borja*, AHSI, 30, (1967) págs. 125-179.

Gómez Bravo, J. *Catálogo de los obispos de Córdoba*, ofc de Juan Rodríguez, 1778.

Alonso Morgado, J. *Prelados sevillanos*, Sevilla, tip. de Agapito López, 1906.